

que María te ame mucho? Eres tú fuente de amor eterno; eres principio, medio y fin de toda la hermosura; eres tú solo el hermoso; pues ¿qué mucho que la fea ame la belleza? Ámante los cielos, los ángeles, las plantas, toda la naturaleza; el sol, la luna, las estrellas, todo cuanto vive, cuanto se mueve, cuanto tiene ser; pues ¿cómo no te ha de amar María? Eres luz que jamás falta, sol que no se traspone, resplandor que alegra, claridad que alumbra y hinche de alegría el cielo; es María noche, es tinieblas y oscuridad; pues ¿cómo no ha de amar la luz? Cómo la noche no ha de desear el día? Cómo el hielo no amaré el rayo del sol? Cómo el invierno no sospirará por la primavera? Eres tú, Dios mio, vida; eres el que das el espíritu á los hombres; eres en quien y por quien vivimos, nos movemos y somos. María está muerta; pues ¿cómo la muerte no ha de amar la vida? Cómo la sepultada no deseará salir de la sepultura? Eres, mi Dios, fuente de agua dulce, eres el río que con su corriente alegra la ciudad de Dios, eres mar dulce de infinita gracia, eres el refresco del alma sedienta, eres el que brindas á los ángeles y santos, y los embriagas con la abundancia de tus deleites; salen de tu pecho ríos caudales de sabiduría, de gloria, de gracia, de bienes y de infinita riqueza. María está seca: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*; Mi alma (dice María) cuando está sin tí, Dios mio, es como la tierra sin agua. María está sedienta: *Sitit anima mea ad Deum fontem vivum*; Sedienta está mi alma hasta verse contigo, oh fuente de vida eterna, dice María. María está enferma: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis quem diligit anima mea, ut nunciatis ei, quia amore langueo*; Yo os conjuro, zagalas y pastoras de Jerusalem, por los corrillos del campo y por las cabrillas y gamos ligeros de los bosques, que si viéredes por allá al mi Amado, que le digáis que estoy enferma de amor. Pues los enfermos sed tienen. Si María está seca, ¿qué mucho que ame la fuente? Si María tiene sed, ¿cómo no deseará el agua? Si la abrasa la calor, ¿cómo no sospirará por la sombra del árbol de la vida? Eres (alto Dios mio) salud que no se destempla, fortaleza que no se causa, amparo que nunca falta, guarida que asegura, puerto que jamás se altera, esperanza que nunca burla, virtud que siempre sustenta, y médico que sana nuestras enfermedades. Es María la enferma: *Quia non est sanitas in carne mea*, dice María; No hay sanidad en toda mi persona. Está María flaca con la dolencia del pecado, es la desamparada, está en las ondas del mundo; pues ¿qué mucho que el enfermo desee la salud? que la flaca pida fuerzas, que la desamparada busque amparo, que la perseguida busque guarida, que la que pelea en las ondas huya al puerto. Y finalmente, ¿qué gran cosa es que el enfermo desee la presencia del médico? Dices, Señor: *Quoniam dilexit multum*. Y ¿por ventura amástela tú poco? Tú, buen Señor, ¿no la amaste primero? No la llamaste primero? No la buscaste primero? No la preveniste, no le rondaste la puerta, no la convidaste, no la rogaste, no la

aficionaste? Pues ¿qué mucho que María ame amada, que responda llamada, que se deje hallar buscada, que convidada, acete tu amistad? *Quoniam dilexit multum*. Dime, espejo de los santos, ¿quién te amó sin que le amases? Quién te buscó sin que tú le llamasess? Quién vino á tí sin que tú le trajesses? Nadie por cierto; porque de tí y por tí se comienza todo nuestro bien; luego don tuyo es que te amemos, y deuda es que te debemos, y que te la pagamos cuando te amamos. Y aun mas: te confieso, Dios mio, que, pues sin tu gracia no te puedo amar, y mucho menos pagar, cuando me das favor para que te ame, es que me adeudas de nuevo, porque cuanto mas te amo, tanto mas te debo el don con que te amo. Pues luego, que María te ame mucho no le es de agradecer mucho; y mas te debe á tí porque le diste que te amase mucho, que tú á ella, aunque te ama mucho: *Quoniam dilexit multum*. Dios milagroso, dime: ¿tu amor no hace bienaventurados, y tu desamor no hace malaventurados? Tu amor no hace ángeles, y tu desamor demonios? Estar en tu amor ¿no es gloria? y estar en tu desamor ¿no es infierno? Pues luego amar tú á María es hacella bienaventurada, es hacella santa, es hinchilla de gloria. Jamás te he oido decir (Dios mio) que te aman mucho los ángeles, no los arcángeles, no que se mueren por tí los querubines ni que se abrasan los serafines; y ¿preciaste de que te ama mucho María? No haces caudal de los jayanes, no de los bravos gigantes, no de los empinados cedros, no de los altos cipreses ni de los árboles encumbrados del paraíso; y ¿haces caso del junco, de la malva, de la amapola, de la hojarasca, del polvo que lleva el viento, de la florecilla que un rayo del sol la marchita y enlacia? *Quoniam dilexit multum*. Pues ama María de balde, ¿qué le dices? ¿Cómo se lo pagas? ¿Cuál es el premio de tanto amor? A mucho amor, mucho favor ha de correspondelle. Si el amor es mucho, no es bien que el galardón sea poco. Mas ¿qué digo yo, poco? Tú, Señor, no sabes dar sino mucho. Eres un maniroto; y así, te rompieron las manos en una cruz porque nada te quedase en ellas. Todo se te cae de las manos, porque nosotros, mendigos, nos hagamos ricos con lo que á tí se te derrama. Pidete un ladrón en la horca que te acuerdes dél, y tú, Dios maniroto, dasle un reino. Alejandro dió á Abdolomino, hortelano, el reino de Sidon, y cobró nombre de liberal; pero ¿qué tiene que ver, Señor, contigo? Alejandro dióle á un hortelano, tú á un ladrón; Alejandro dió un reino terreno, tú uno del cielo; Alejandro lo dió á uno que, aunque hortelano, era de linaje real, tú á uno que quizá era hijo de ladrones. A san Juan, que está al pie de la cruz y no te pide nada, le das á tu Madre. Acuérdate que, hablando un día con tu santo profeta Ezequiel, le dijiste: Hijo del hombre, Nabucodonosor me prestó su ejército para hacer guerra á Tiro, que me tenía mal enojado, y no les di paga á los soldados; y pues me sirvió bien, no es razon que se quede sin salario; quiérole dar á Egipto. Pues si con un bárbaro te muestras tan libe-

ral, que dices que te sirvió, y le das en salario un reino; á María que te ama, y mucho te ama, que dices della: *Quoniam dilexit multum*, ¿qué le das en premio de tanto amor?

§. LXI.

Remittuntur ei peccata multa. El premio de tanto amor es, que le son perdonados muchos pecados. ¡Oh alma! Si supiédes bien qué cosa son pecados y qué cosa es oír del confesor un «yo te absuelvo», morirías de contento cuando oís á sus piés aquella palabra. Espántome cómo María no dejó el alma de sola alegría cuando oyó de la boca del mismo Dios «yo te perdono». ¡Oh dulce palabra á las orejas de un pecador, cuando le dice Dios un «bien te quiero»! Pensadlo, cristianos, de espacio, porque no sé yo cómo encarecerlo ni cómo dároslo á entender. Que vea un hombre abrirse el cielo sobre su cabeza, que vea hechas las amistades con Dios, que vea que le espera la gloria, que quede amigo de los ángeles, recibido por ciudadano del cielo, por hijo y heredero de Dios; que sepa que ha de pisar las estrellas, que tiene por compañeros á los santos, ¿hay grandeza que á esta llegue? Hay favor que á este iguale? Hay premio que tanto valga? Hay servicio que tal merezca? Hay amor que á esto suba? Luego bien pagada queda María: de esclava del demonio queda hija de Dios, de tizon del infierno queda vaso de gloria, de miembro de Satanás es ya esposa de Cristo. Pues ¿qué le queda ya mas que desear á María? Dícele dos palabras, que dicen y hacen allá en el alma y en el cielo mil grandezas: la una es el *remittuntur tibi peccata tua*, la otra, *vade in pace*; Véte en paz. Veis aquí el cielo en la tierra; ya María goza de aquella paz que dice san Pablo que sobra á todo sentido, ya el corazón de María tiene gloria antes que el cuerpo de Cristo; ¡oh milagro de verdadera penitencia! Y ¿esto para aquí? No; adelante van los favores, pasan y crecen las gracias y mercedes. Aquí es defendida del fariseo, después lo es de Marta, seis días antes de la pasión lo es de Júdas. Desde hoy se anda con el Señor hecha su pagadora y tesorera, como lo cuenta el mismo evangelista san Lucas; hoy le unge los piés, y antes que Cristo muera, la cabeza, y tiene ánimo para ungrle todo el cuerpo después de muerto. Preguntémosle á María qué hace después de perdonada, después de aquella indulgencia plenaria y después de aquel jubileo plenísimo en que el sumo sacerdote Cristo la absolvió á culpa y á pena, después de haber oido de la boca de Dios el «yo te perdono, véte en paz»; veamos qué es lo que hace María, si se asegura, si vive descuidada. ¿Qué haceis, santa mujer, después de tantos títulos y ditados como teneis, después de tan gran privanza?—¿Que hago? Grandísima penitencia, no me doy á los contentos pasados; ya no quiero mas vanidades, no quiero mas aplacer al mundo; lo que hago es llorar la vida pasada, treinta años escondida en una cueva, sin cama ni abrigo, llorando, ayunando, orando, sospirando, contemplando. Pues decidme, gloriosa mujer, ¿para

qué tanta penitencia? ¿Ya no estáis absuelta? Pues ¿no dice el otro profeta que «Dios no castiga dos veces un pecado»?—Es verdad, y ya mi Dios me ha perdonado; pero dice el Sabio: *De propiliato peccato noli esse sine metu*; No te asegures mucho ni pierdas el miedo del pecado que se te ha perdonado. Esto dice porque la seguridad y confianza no te descuide, y guardándote poco, vengas á caer en otros pecados. Así que, dice María: «Perdonado me ha mi Dios, y aunque estoy cierta del perdón, también lo estoy de que le ofendí;» y así, siempre me aborrezco y sacrifico, y quiero decir y hacer lo que me enseñó el santo rey David, que decía á Dios: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper*; Conozco mis maldades, sé la gravedad dellas y lo mucho que pesan, y trayo siempre mi pecado delante los ojos para llorarle. Y el buen rey Ezequías decía, hablando con Dios: «Contarte he, Señor, todos mis días y años pasados, y esto con dolor y amargura de mi alma.» Andaba con tanta cautela, que dice san Ireneo que desde este día del perdón de Cristo, sino fué á él, jamás miró lo cara á algun hombre. ¡Oh descomunión de nuestra vida! Oh condenación de nuestra presuntuosa confianza! María, absuelta por la boca de Dios, hecha ya su amiga, perdonados sus pecados con firma del mismo Dios; no contenta con eso, llora, ayuna, hace penitencia, y no se harta de lavar sus pecados pasados con hacer fuentes de sus ojos; y vos, pecador, no teniendo cédula de Dios de que os ha perdonado, habiendo hecho mas y mayores pecados que la Madalena, no teniendo mas blando Dios que ella, ni teniendo mas ciertas esperanzas de vuestro perdón, andéis tan olvidado de hacer penitencia, andéis con tanto descuido como si ya estuviéades confirmado en gracia, tratéis tan sin cuidado como si tuviéades el cielo por vuestro. ¿Qué es esto? ¿En qué estriba vuestra confianza? ¿De dónde os viene tanta seguridad? San Pablo había subido al cielo, visto había la esencia de Dios, firma tenía suya de su salvación, y con todo eso, decía: «No me reprehende mi conciencia de cosa alguna, no sé pecado mio que no me esté perdonado; pero con todo eso, no me tengo por justo;» y dando la razon, dice: «Porque el que me juzga es el Señor;» como si dijera: «A ser mi juez algun hombre como yo, aviniérame con él; y pues no podía él saber mas de mí que yo mismo, y yo no sé pecado mio, tampoco lo supiera él, y pudiera estar seguro y sin miedo; mas, como mi juez es Dios, que escudriña los corazones y ni un solo pensamiento se le pasa de trascuenta, y sé yo el *delicta quis intelligit*, que dice David, que los pecados son tan delgados que apenas los saben conocer los hombres; con eso, *non in hoc justificatus sum*; No me aseguro en mi justicia.» Y en otro lugar dice: «Yo corro la carrera de la vida, no como quien camina sin saber dónde le lleva su camino; peleo, pero no en el aire; mas castigo mi cuerpo y dómole y ríndole á que sirva al espíritu y á la razon; porque por ventura mientras predico á los otros y les enseño el camino del cielo, no sea que le pierda yo.» Pues decid-

me, pecadores, si tal apóstol «andaba siempre con la barba sobre el hombro», si el vaso escogido traía tal miedo, si el que decía, «mas que todos he trabajado con la gracia de Dios,» estaba con recelo; vosotros, no apóstoles, sino apóstatas de la virtud; vosotros, no vasos de elección, sino de ira y condenación; vosotros, no cansados en trabajos por Dios, sino por el diablo, ¿cómo estáis tan seguros? Cómo no haceis penitencia? Dice Cristo nuestro Señor: «Si no hiciéredes penitencia, todos juntos pereceréis;» vosotros no la haceis, luego sois perdidos. ¿O es por ventura que no teneis pecados de que hacer penitencia? San Juan os desmiente, que dice: Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros; porque nadie hay limpio de pecado, dice Job, ni aun el niño recién nacido.» Pues si teneis pecados, si sin penitencia no os podeis salvar, si no hay cielo sino para los penitentes, ¿cómo dormís vosotros tan á sueño suelto? Cómo pecáis tan sin rienda? Sois vosotros de los que dice Isaías: «Oid lo que dice Dios, gente burladora; dijistes: Concertado nos habemos con la muerte y tenemos puestas treguas con la sepultura; y así, cuando viúere algún azote no descargará sobre nosotros, porque habemos puesto en mentira nuestras esperanzas, y la mentira nos sirve de escudo y amparo. Pues esperad lo que dice Dios: Un granizo os derrocará vuestras esperanzas mentirosas, y un turbion espantoso os anegará vuestros reparos y baluartes, yo romperé vuestras alianzas que hicistes con la muerte sin mí, y no pasaré por los conciertos que teneis con la sepultura. Cuando pasare el azote os atropellará y arrancará de sobre la tierra, porque pasará muy de mañana y á la tarde y á la noche y á todas horas, de suerte que no os dé lugar aun para tragar la saliva, y entonces solo el trabajo os abrirá el entendimiento.» Hasta aquí son palabras del Profeta, y destas últimas nació el refran castellano que dice: «El loco por la pena es cuerdo.» Dice pues Dios: «Oid los que teneis hecho concierto con la muerte.» Esto dice porque hallaréis unos hombres que jamás piensan que se han de morir, que no les parece que son del metal de los otros; que es lo que dijo allá David: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur*; No entran en la repartición de los trabajos que les vienen á los demás hombres, ni tampoco son azotados con los demás; que parece que los desastres no vienen por sus casas ni los males les saben la posada; antes la enfermedad les huye de miedo y los trata con respeto. Y lo que nace de ahí es, que *ideò tenuit eos superbia, etc.*; que no hay quien viva con ellos, de puro soberbios; y con esto, ni conocen á Dios ni á sí.

§. LXII.

Pues María, aunque perdonada, habiéndose subido el Señor á los cielos, y venido con sus hermanos, Lázaro y Marta, á Marsella, dándole en rostro todas las cosas de la vida, y cansándole todo lo de acá abajo, determina de apartarse á un desierto, adonde á sus solas

pudiese gozar de la contemplación de su Amado. ¡Oh, qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos y por aquellas breñas! arrebatabase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente, dejando la tierra, se subía donde vive su Amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalem; ¡viala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música que su dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas que alaban al gran Príncipe del mundo, sin cesar un punto. Cuando consideraba los edificios, no hechos por humanas manos, sino por solo el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza; vía la ciudad puesta en cuadros de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conoemos, como lo dice san Juan en el *Apocalipsi*; porque estaban hechos de jaspe y zafiros, calcedonias y esmeraldas, jacintos y topacios, y de otras muchas que allí se nombran; los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venían á hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engazados en oro purísimo y retocados de la luz y resplandor del verdadero Sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas desta bienaventurada ciudad son de oro limpiísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno; no la furia de los vientos combaten los empinados árboles ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas; aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el *folium ejus non defluet*, que dijo David; antes dura una apacible templanza que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas, y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas y rubíes y claras perlas y piedras del Oriente. Aquí las rosas son mas hermosas y de olor mas suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes mas que cristal deshecho; el agua es mas dulce, el gusto de las frutas mas suave. ¡Oh vida verdaderamente vida! Oh gloria que sola eres gloria! Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor, no hay enfermedad; no llega á tí muerte, porque todo es vida; no hay dolor, porque todo es contento; no hay enfermedad, porque Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor, tus vecinos son enamorados; en tí todos aman, su oficio es amar, y no saben mas que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa y únense con una cosa: *Unum est necessarium, unum est necessarium*. Dice el gran Corifeo del cielo: Acá,

turbaris ergo plurima; allá, *unum est necessarium*. Cuando María trataba de mundo, cuando andaba con el mundo, cuando seguía el hilo del mundo, turbábanla muchas cosas, porque el mundo, como mendigo, da siempre cinco de corto, son menester muchas cosas, por eso se buscan y siguen; pero, porque en ninguna de las de acá se hallan todas las que nos faltan, por eso buscamos y amamos muchas cosas; porque en unas y con unas hallo lo uno y remedio una necesidad, y con otras otra; de suerte que con muchas remedio algunas necesidades, y con ninguna todas, que eso no lo saben hacer las cosas del mundo. Este, si da hacienda, no da honra; si hacienda y honra, no da salud; si hacienda, honra y salud, no da contento; de suerte que cuanto tiene es poco y cuanto da es escaso; y así, nos turbamos entre tantas cosas; pero *unum est necessarium*; Una sola cosa es necesaria, en uno se hallará sobrado lo que en muchos falta. Esta deseaba el profeta David, esta buscaba y por una sola cosa sospiraba cuando decía: *Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee*; Una sola cosa he pedido al Señor, y yo la buscaré, que es vivir en su casa todos los días de mi vida. Es el *unum est necessarium*, porque allí en la casa de Dios se halla todo el bien, nada falta; y en uno, que es en Dios, se tienen todas las cosas; y así, alcanzado este uno, se tiene todo lo que desea el alma, y no es menester distraerse en amar mas que á Dios, porque, lo que buscamos, ó es vida, pues *ego sum vita*, dice este gran Dios, ó que esta vida sea eterna, pues «el que me come tiene vida», dice por san Juan, y que esta vida no tenga enfermedad ni dolor; porque, donde esto hay no puede ser eterno, pues «el Señor es mi luz y mi salud», dice David; y que esta vida sea rica para que no ande mendigando el alma, pues gloria y riquezas hay en su casa. Si ha menester contento y alegría esta vida, *Exultabunt sancti in gloria, lætabuntur in cubilibus suis*; Alegrarse han los santos en la gloria y regocijarse han, y harán saraos en sus moradas. Pues si se busca paz y union, en paz en él mismo holgaré y descansaré, dice David. De suerte que ninguna cosa nos dejó que desear que no la hallásemos por junto en Dios, porque la muchedumbre no nos turbase y distrajese. Pues á esta celestial Jerusalem se subía la Madalena con el pensamiento; y puesta en aquel desierto, arrebatada en espíritu, se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria, adonde vía lo que ni los ojos vieron, ni oyeron las orejas humanas, ni cupo jamás en terreno pensamiento lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oía resonar toda aquella celestial ciudad con las voces angélicas que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y Padre de la naturaleza; pero, sobre todo, vía salir aquel Cordero divino, la lana mas blanca que la nieve por hollar, que, repastado por los prados de la gloria, va cercado con mil coros de vírgines bellas, coronadas de flores que jamás se marchitan, que con danzas y *canciones* siguen:

Al cordero que mueve
Con el cándido pié el dorado asiento,
La lana mas que nieve,
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendon sangriento.

Hablo de aquel cordero,
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero,
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.

De aquel que abrió los sellos,
Que fué muerto, mas vive eterna vida;
Y los misterios dellos
Con su luz sin medida
Mostró, su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas,
Con hermosas guirnaldas coronadas
De jazmines y rosas,
Y á coros concertadas,
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Arden libres de ofensa;
Y el fuego mas hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fria,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque las arrebató
El dulce olor que el ámbar tuyo espira,
Y el blando amor las ata,
Que en sus pechos aspira,
Pues siempre te ama el que una vez te mira.

Allí tú les repartes
A los esposos premio muy subido,
Y das tambien sus partes,
Conforme á lo servido,
A las esposas que acá te han seguido.

Andas en medio dellas,
Dando mil resplandores y vislumbres
Como el sol entre estrellas;
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos das tus lumbres.

Digo en los serafines,
Que son de la mas alta jerarquía;
De allí á los querubines
Tu resplandor envía
El alta ciencia por oculta vía.

Y en los tronos sentado,
Como supremo rey, riges el cielo;
No es asiento estrellado
De cristalino hielo,
Que ese le guarda para los del suelo;

Mas es vivo y estable,
Lleno de resplandor y de hermosura,
Y el ser invariable
De la silla segura
Del gran Padre del cielo es la figura.

Que con su entendimiento
De infinita virtud, con que se entiende
Prenado el pensamiento,
Un resplandor enciende
De aquella luz eterna que en sí atiende.

Y un espejo produce
Sin marcha, que es el Hijo y su cordero,
Imágen do reluce
Todo su ser entero,
Que no le negó el Padre un solo cero.

Y porque al engendralle
Tuvo el Padre á sí mismo por objeto,
Se nos manda llamalle,
No con nombre de efeto;
Mas su Hijo, su Verbo ó su conceto.

Al Hijo le responden
Los querubines, que de ciencia llenos,
Antel Hijo la esconden,
Como bienes ajenos,
Que de su inmenso mas tienen lo menos.

Miranse el Padre y Hijo,
Y siendo sumo bien, suma belleza,
Con gloria y regocijo,
Amando su pureza,
Producen del amor la suma alteza.

El Espiritu Santo,
Aliento, vida, ser, fuente, gobierno
De cuanto cubre el manto
Del cielo, es dulce, es tierno,
Blando, amoroso, al fin es bien eterno.

Lazo del Padre y Hijo,
A quien los serafines amorosos,
Con sumo regocijo,
De tanto bien gozosos,
Representan amando temerosos.

De un temor de respeto,
Y así, cuando acullá los vió Isaías,
Con ser lo mas perfeto
Entre las jerarquías,
Segun nos consta por diversas vias,

De seis alas ceñidos,
Cantaban aquel Santo, Santo, Santo,
Los rostros escondidos;
Que, aunque es divino el canto,
No igualaba á aquel Dios de tanto espanto.

Ni yo en mi canto digo
De esotras jerarquías que le alaban;
María es buen testigo,
Pues á verla bajaban,
Y allá en la soledad la acompañaban.

Y ella á veces subia,
De la fuerza de amor arrebatada,
Al ciclo, adonde via
Aquella alta morada,
A do de amor quedaba desmayada.

Mas el cuerpo terreno
Le quitaba de presto este reposo;
Y al fin tenia por bueno
Lo que queria su esposo,
Sufriendo este destierro congojoso.

Y aguardaba la muerte,
Que deshaciendo el lazo y cerradura
Del cuerpo, en mejor suerte
Trocasse la ventura
De tan larga vivienda, esquivá y dura.

Estos eran los sonetos de gloria que María oía cantar en aquella ciudad celestial de Jerusalem; allí seguía ella á su dulce Esposo; hablábale, acompañábale, estábanse con él. ¡Oh dulce descanso y glorioso paraíso el que tiene María en la soledad! Cuando volvía á bajar con el pensamiento y se hallaba en aquella soledad, ajena de su gloria, allí eran las lágrimas, allí el sospirar y romper el aire con querellas, allí el quejarse tiernamente porque su Amado no la llevaba consigo; allí era el importunar á los ángeles y el conjurarlos por los cervatillos de los bosques, que cuando viesan al que amaba su alma que le dijese que estaba enferma de amor. Pues preguntemos agora á María, á esta etiopisa en el cuerpo, á esta mujer tostada de la fuerza del sol: Decidme, santa, ¿no sois vos aquella Madalena que en otro tiempo derrocábades tantos en el infierno? No sois aquella famosa mujer que con vuestros ojos robábades mil corazones? No sois vos la de los trajes, la de las invenciones y galas, la de los paseos y saraos, la de los servidores y billetes, la acompañada y servida y celebrada por tan dama? Sí. Pues ¿dó la vida pasada, dó los galanes? ¿Son por ventura las fieras y robles deste desierto? ¿Dó las galas y trajes? ¿Son este cilicio de que andais vestida? ¿Dó las suntuosas casas, las salas y aposentos colgados? ¿Son esa cueva oscura? ¿Dó las camas de seda y los colchones de pluma? ¿Son por ventura ese suelo duro? ¿Dó las músicas y sonetos y letrillas nuevas? ¿Son quizá esas lágrimas y sospiros con que rompéis el aire? *Nolite me considerare quod fusca sim quia decoloravit me sol*, dice María; No mireis á que soy morena, porque me ha asoleado y teñido el rostro el sol; no este que alumbró el suelo, sino el Dios de mi alma, el sol de inaccesible claridad, cuyo amor me abrasa, con cuyo resplandor me enciendo; este me ha asoleado, este me tiene tal. Pues decidme, pecadores, si tras tal perdon hace María tal penitencia, ¿qué esperais los que no habeis oído de la boca de Dios el *Remittuntur tibi peccata tua*? Y si María se trata así, ¿quién osará alegar flaqueza ni ternura para no hacer penitencia? Quién dirá que no tiene fuerzas? ¿Veis aquí esta mujer criada en regalo? Santa era, rica era, moza, hermosa, libre, poco hecha á asperezas, y tiene fuerzas para vivir en un desierto, para sufrir el rigor del sol y la aspereza del invierno. Pásase con raíces de yerbas, sin vestido, sin cama, sin regalo, sin compañía, sin trato ni conversacion humana; pues vos, pecador, ¿qué excusa os será buena para delante de Dios? *Ideo ipsi iudices vestri erunt*, dijo Cristo á los judíos; Los de Nínive y los de las Indias y vuestros mismos hijos serán jueces de vuestro pecado; las niñas, una santa Inés, una santa Agueda y una santa Catalina, serán vuestros jueces en el juicio; que, siendo niñas y flacas, pudieron hacer penitencia, y sin tener vuestros pecados, y al cabo pudieron dar la vida por

Dios y esperar los tormentos y derramar sangre; y vos, pecador abominable, lleno de pecados y maldades, ¿hacéis del regalado y tierno, y pensais que os ha de dar Dios el cielo de balde? Al fin, habiendo la gloriosa Madalena pasado muchos años de soledad y penitencia, determinando el celestial Esposo de dar el premio de tanto amor á esta su amadora, llevóla para sí. Llegó aquella bienaventurada hora, tanto tiempo deseada de María; y yo tengo por cierto que á aquella sazón bajó el celestial Esposo vestido de fiesta, alegre y dando vida á cuanto miraba, y que vino acompañado de millares de ángeles; y llegando á aquel desierto, haciendo paraíso aquellas montañas, comenzó á decir con una voz tan dulce, que bastaba á resucitar los muertos: *Surge, propera, amica mea, et veni*; Ealevantáos, amiga mia, y dejad ya ese cuerpo mortal; ya es pasado el invierno, ya son acabados los trabajos de la vida, ya es llegada la primavera de la gloria, ya comienzan á florecer las viñas y á dar olor, ya se oye la voz de la tortolilla, que gime sobre el olmo. Vení pues, amiga mia, y seréis coronada; mirad que os espero, dáos prisa. Oyendo

María la voz tan deseada y tan conocida del Príncipe del cielo, deshecha en amor y ternura, respóndele: «Oh Rey de gloria, dulce Amado mio, conozeo la deseada presencia tuya; ya el alma desea ir á tí. Veo ese hermoso rostro y oyo tu voz mas suave que la de los espíritus celestiales; mi espíritu ha resucitado como de un profundo sueño; mucho há que te aguardaba para gozarme contigo en tu gloria; ya veo cumplido mi deseo, ya te veo, ya te oigo, ya te tengo, ya no te dejaré jamás. Agora, dulce Señor mio, cesará mi miedo de perderte; ya no te lloraré difunto ni te buscaré hurtado. Siempre, Rey mio, te tendré conmigo y yo estaré contigo. Pues recíbeme en tus brazos, Señor, que para tí me voy; encomiéndote mi alma, que se va para tí.» Y diciendo esto, sale aquella alma gloriosa y recíbela y abrázala consigo, y comienza á cantar toda la capilla del cielo, y con música y pompa sube á triunfar y reinar en aquel eterno reino de la gloria, adonde se goza con su Amado y Dios y Señor, que vive por todos los siglos sin fin. Amen.

PIDIÓME vuesamerced que le expusiese algunos versos del salmo 88, que comienza : *Misericordias Domini cantabo*, aplicándolo á las muchas mercedes que de mano del Señor ha recebido. Parecióme el deseo muy santo, y la peticion justa; porque tengo entendido que muchas mercedes nos deja de hacer nuestro buen Dios por serle desagradecidos á las ya hechas; y el pecado de la ingratitud es muy vil, y que lo castiga Dios con mucho rigor, como parece de los muchos ejemplos de que está llena la Escritura sagrada; pero parecióme que el salmo no era muy propósito para acomodalle al intento de vuesamerced, y que otros habia que eran mas abundantes en esa materia. Todavía, por no burlar el buen deseo de vuesamerced, he querido probarme á decir algo sobre el primer verso, poniéndole en el mismo latin por remate de algunas octavas, en las cuales se pinta un hombre apartado del ruido del mundo y que ha dado consigo en la soledad, adonde hace alarde de las mercedes que de la mano de Dios ha recebido. Después al cabo habla algo de lo que la Esposa dice en los *Cantares*. Bien sé que viniera bien que lo dijera la Madalena cuando estaba en el desierto; pero he querido yo decírmelo, pues aunque no estoy en los campos, estoy en la soledad de la religion, y no me ha hecho Dios á mí menos mercedes ni me ha perdonado menos ni menores pecados que á la Madalena, antes muy mayores. Y así, como mas obligado, he querido alzarle con el cantar las misericordias del Señor, á quien plega de llevar adelante en mí las que ha hecho conmigo desde que nací hasta hoy.

Hermoso sol, que en medio de ese cielo
La vida vas midiendo á los mortales;
Bóvedas de cristal, que á los del suelo
Dais ser con vuestros cursos celestiales;
Luna, quel eje, frio mas que hielo,
Gobiernas en las noches desiguales;
Fieras deste desierto, estádme atentas,
Así quedeis de flecha y arco exentas;

Sedme testigos fieles de mi canto,
No tañido en la dulce arpa de Orfeo,
Mas en la de aquel rey ilustre y santo,
Del cielo nuevo Pindaro y Alceo:
No de algun dios fingido es de quien canto,
Ni de su fabuloso devaneo;
Mas, pues me hizo hijo, siendo esclavo,
Misericordias Domini cantabo.

¿Por do comenzaré, bondad inmensa,
Este mar de mercedes que me diste,
Pues es el comenzalle hacerte ofensa,
Siendo infinito lo que en mí hiciste?
Yerra por cierto quien contallo piensa.
Pues ¿callaré? No, no, que amor resiste,
Y dice el alma: Puesto que no hay cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Tú, sol de luz eterna, por quien viene
El claro resplandor al alma mía,
En el sagrado pecho que en sí tiene
Del mundo y cielo el lazo y armonía,
Viste al principio cuanto se contiene
Del suelo á la mas alta jerarquía,
Y allí me viste á mí, que hora te alabo,
Misericordias Domini cantabo.

Mirando el claro espejo de tu esencia,
Adonde tiene vida lo que es hecho,
Sacando del tesoro y rica ciencia
La imagen entallada allá en tu pecho,
Hiciste al hombre, porque en tu presencia
Esté, como si fuera de provecho;
Y pues que tal merced no tiene cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Hicisteme á tu imagen ¡oh grandeza;
No dicha de los ángeles del cielo!
¿En tan bajo sugelo tanta alteza?
¿De cielo el alma? ¿El cuerpo de vil suelo?
¿Que es posible que pudo tu destreza
Engastar un espíritu en tal velo?
Mas, pues que de tus obras soy yo el cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Por mí, Señor, la máquina criaste
Del mundo, y cuanto el ancho cielo encierra;
Y en medio de tus obras me asentaste,
Como rey y cabeza de la tierra;
Cuanto hiciste, á mí lo sujetaste,
Sin reservarte cosa en valle ó sierra;
Y pues que tanto debo, diré al cabo
Misericordias Domini cantabo.

Bastaba esto, mi Dios; mas tu amor puro
No quiso consentillo, y dijo, es poco;
Y así, me diste un ángel que seguro
Me guarde en cuanto hago, digo y toco.
Y aun tú mismo, Señor, eres mi muro,
Que tú me engrandeciste y yo me apoco;
Mas, porque sepa el mundo en qué te álabo,
Misericordias Domini cantabo.

No fué merecimiento de mi parte,
Mas fué misericordia sola, y tuya
El darme de tu gracia aquella parte,
Que la gloria le da al alma, que es suya.
Pues di, gran Dios, ¿quién bastará alabarte
Sin que de miedo el corazon le huya?
Pues no bastó David, y dijo al cabo:
Misericordias Domini cantabo.

Vida del alma, que en tu amor se apura,
Dulce descanso del cansado y pobre,
Disteme vida, y vida que asegura,
Porque si en mí la pierdo, en ti la cobre.
¿Triste de mí, que el alma seca y dura
Pecó, y trocó su rubio oro por cobre,
Y al fin, la hermosura que le diste
Se tornó en una noche oscura y triste!

Y lo que en mi pecado mas me espanta
Es que, perdido el rayo de tu lumbre,
Con tenerme el infierno en su garganta,
Vuelta en naturaleza la costumbre,
Previéndome allí tu gracia santa,
Que me miraba desde la alta cumbre,
Me era tan dulce el mal en que me via,
Que, aunque tú me llamabas, no te oia.

Mi ofensa despeñado me llevaba,
Ciegos los ojos del conocimiento;
Yo, miserable y pobre, no hallaba
Sino era en el pecar contentamiento.
Padre piadoso, allí disimulaba,
Tu bondad, que miraba de su asiento
Esta oveja perdida, que á la muerte
Corria, á do jamás pudiera verte.

Ya estaba cerca del oscuro lago,
Ya el fuego me esperaba que allí ardia,
Ya se via el horrendo y grave estrago
De los que allí padecen noche y día;
Ya estaba de mis males cerca el pago;
Yo, ciego, ni aun mi daño conocia,
Como hace el frenético que canta
Cuando está con la muerte á la garganta.

Tú, Padre piadoso, en aquel punto
Con profundo consejo me esperabas;
Amábasme, y sufrías allí junto,
Aunque á aquella sazón disimulabas;
Como en Naim hiciste, que al difunto
Mozo á la misma puerta le aguardabas;
Que sabes, Señor, cuando conviene,
Dar tu socorro á aquel que no le tiene.

Así, cuando mi alma, mas dormida,
De ti y de sí olvidada, en su carrera
Corria á rienda suelta, á do la vida
De cuerpo y alma junta se perdiera,
Diste un grito: «¿Dó vas, alma perdida?
Detente, vuelve á mí, espera, espera;
Que no te hice yo para el infierno,
Sino para gozar de un bien eterno.

¿Por qué dejas la fuente de agua clara,
Y bebes de la turbia agua de Egipto?
¿De balsas cenagosas, alma cara,
Gustas, dejando á mí, mar infinito?

En esas beberás la muerte avara,
En las mias un bien, que no está escrito,
Y una fuente tendrás en ti escondida,
Que llegará hasta darte eterna vida.»

Dijiste así, y en ese punto el cielo
Se rompió, y una luz alegre y pura
Desbarató de mi tiniebla el velo,
Y ahuyentó mi noche negra, oscura.
El rayo de tu amor deshizo el hielo
Que en mi pecho causó mi desventura;
Cesó el curso mortal, y paré luego,
Escapando por ti de eterno fuego.

Ya soy tuyo, mi Dios, ya tú eres mio,
Ya yo te me di á tí, y tú te me diste,
Y en tu bondad, oh Rey de gloria, fio
Que no me veré ya en el estado triste;
Ya del invierno se ha pasado el frio,
La primavera alegre es quien me viste,
Y el alma de mil flores hermosa,
Que en solo arder y amarte á ti se emplea.

Vén pues, Amado mio, que las flores
De mil colores pintan la ribera,
La tortolilla llama á sus amores,
Y nuestras viñas dan la flor primera;
¿No sientes ya, mi Amado, los olores
De las silvestres yerbas? Sal pues fuera,
Vámonos al aldea, y cogéremos
Las rosas y azucenas que querrémos.

Allí, cuando el jardin del rico oriente
Abra la clara aurora, y enfrenando
Los caballos del sol, saque el luciente
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando.
Saldrémos á la huerta, á do la ardiente
Siesta, en alguna fuente conversando,
La pasarémos bajo algun aliso,
Y no habrá para mí mas paraíso.

Y cuando el rubio Apolo, ya cansado,
Los sudados caballos zabullere
En el hispano mar, y algun delgado
Céfiro entre las ramas rebullere,
Y el dulce ruseñor del nido amado
Al aire con querellas le rompiere;
Entonces mano á mano nos irémos,
Cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, ¡oh dulce Esposo!
Allí me gozaré á solas contigo,
Allí, en aquel silencio, alto reposo,
Tendré, mi Amado, en verte allí conmigo;
Allí en fuego de amor ¡oh mas hermoso
Que el sol! me abrasaré, y serás testigo
De que te amo así, que por ti solo
El día me es oscuro, y negro Apolo.

Allí te alabaré, y en dulce canto
Contaré las grandezas que me has hecho,
Y contaré cómo tu brazo santo
Con celestial poder rompió mi pecho,
Y me libró del reino del espanto,
Movido por amor de mi provecho;
Y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordias Domini cantabo.